

Miquel Barceló

Triple cita con el penúltimo mito del arte español.

Saint-Paul de Vence, Silos y Madrid son tres de los lugares a los que habrá que acudir este mes para seguir la pista al pintor mallorquín, uno de los más venerados iconos del arte español.

Texto: Cristina Frade. Revista Descubrir el Arte, nº 40, Junio 2002.

Parece que acaba de caerse de la cama. Baja de su casa apresuradamente con los ojos como rendijas, los cabellos revueltos, vaqueros, camisa morada, zapatillas deportivas y una chaqueta gris de diplomático. Le ha precedido su gato, que maúlla con zalamería al pie de la puerta de su estudio-oficina, en el corazón del Marais parisiense, un barrio que intenta preservar su carácter bohemio a pesar de las hordas de turistas que lo invaden desde que sale en las revistas. Un café y empieza la visita por un universo mágico.

El estudio es muy amplio, repartido en dos plantas, y el formato de los cuadros que alberga está en consonancia con el tamaño de las salas. *"Hay algunos empezados hace años, ya ni me acuerdo de lo que hay debajo"*, explica el artista. *"Antes intentaba terminarlos allí donde los había comenzado; ahora procuro hacer abstracción del lugar donde me encuentro"*. Así es que hay telas que le siguen de un lugar a otro, de Mallorca a París y de París a Mali, con escalas en Nápoles, porque Miquel Barceló no renuncia a la vida nómada.

Estamos ante uno de esos cuadros enormes, uno de los paisajes submarinos que hasta el 20 de Junio se exhibirán en la Fundación Maeght de Saint-Paul de Vence (Francia) en una retrospectiva de su trabajo titulada *Mapamundi*. Es una pintura en tres dimensiones, con un relieve en forma de estalactitas tan hirsutas como el cabello del pintor esta mañana. *"Durante años he trabajado por el suelo y ahora pinto al revés, desde abajo, suspendiendo la tela del techo. Siempre me ha interesado la fenomenología de la pintura, explorar su comportamiento. Es algo que obliga a inventar los movimientos, los utensilios, hasta la forma de mirar el cuadro mientras se trabaja. Sería divertido pintar dentro de una cápsula sin gravedad, como esas donde se entrenan los astronautas ¿no? Pero lo más importante no es la técnica sino lo que se hace con ella"*.

Hermanos Mayores. Lo de la Fundación Maeght le ilusiona, porque es un lugar excepcional, donde sus obras se codearán con las de Giacometti y Miró, a los que considera un poco como sus "hermanos mayores". No siempre le han entusiasmado las exposiciones, y aún menos las inauguraciones, pero ahora las ve también como una oportunidad de volver atrás en su obra y ver cómo se relacionan cuadros distintos.

Aquí y allá, sobre las mesas y aparadores, hay coles y cebollas, conchas, cáscaras, raspas y cabezas de pescado, que tienen su eco en las naturalezas muertas de los cuadros. *"No necesito tenerlos cerca para copiarlos, sé como es una cebolla, pero me gusta que estén ahí. A veces parto de una idea y me digo, por ejemplo, "voy a pintar toros", pero luego el cuadro te lleva a otro sitio. A veces vuelvo a la idea original; a veces no"*. sigue contando y volviéndose hacia uno de sus bodegones, reconoce: *"Esto todavía no sé muy bien qué es. ¿Qué le parece?"*.

Es en su *gabinete de curiosidades* donde guarda los objetos más insospechados: Un esqueleto humano, la cabeza de un hipopótamo, los huesos de una cabra que mató en Mallorca, pulpos conservados en formol. En una esquina, un disfraz de carnaval canario que le regalaron después de unas vacaciones, que de lejos evoca la vestimenta de un guerrero azteca u oriental. En realidad, es un traje-coche de un modelo bautizado irónicamente como *Forcaca*, con su tubo de escape, sus intermitentes, sus indicadores de gasolina y aceite, confeccionado con lentejuelas. En su mayoría, sin embargo, son pequeños tesoros de Mali, de donde cuenta mil anécdotas. Allí *"afloran todas mis debilidades pero regreso más fuerte"*, ha escrito. O también: donde *"las cosas me parecen reales y pintables. En París, mis cuadros me parecen más reales que las calles"*.

Infierno y Paraíso. Sobre una mesa están las acuarelas que prepara para una edición de la *Divina Comedia* del Círculo de Lectores. *"Había leído trozos, sobre todo del Infierno, porque el Paraíso me parecía un tostón, pero ahora me he metido dentro de verdad"*, cuenta Barceló. No se considera ilustrador. *"Lo que intento hacer es recrear el universo del libro, inventar a partir de él"*. Tiene muchos proyectos simultáneos -exposiciones en el Monasterio de Silos, en los museos de arte moderno de Roma y Hannover y en la madrileña galería Soledad Lorenzo, una intervención en la capilla de la Catedral de Mallorca- y no es ajeno a la presión para acabar los encargos, pero sólo acepta los que le motivan. Y disfruta pasando de una cosa a otra, de la pintura a la cerámica, por ejemplo.

"Lo que aprendo de la cerámica me sirve para la pintura y viceversa". De la cerámica le atrae el aspecto físico del trabajo y el hecho de poder volver a empezar si se equivoca. *"Con los cuadros, es difícil saber cuando están terminados, cuando hay que pararse, y a veces me doy cuenta de que me he pasado. Con la cerámica, se puede recuperar"*. Claro que hay frustraciones, obras que se rompen sin remedio, pero es la sal del asunto.

Le gusta la arcilla, porque es un material primitivo, *"donde queda la memoria del tacto, la memoria de lo físico"* y le gusta también la idea de hacer cosas modernas con materiales antiguos, como esos pigmentos que mezcla para preparar sus pinturas, amarillo de Nápoles, tierra de Siena... *"¡colores que se utilizaban ya en Pompeya!"*. No lejos de donde almacena la pintura está el "lavabo de erizos", otra invención del artista para lavar los pinceles y un cubo metálico donde vierte los restos, el "caldo de brujas" lo llama él, del que obtiene un gris verdoso muy particular y del que emana un olor pestilente debido a la fermentación. Y se acuerda de pronto, malicioso, de una conservadora española que se quejaba del mal olor de un cuadro que había comprado por nada, *"¿Cómo podía oler mal, si no había materia orgánica?"*.

Trabajar los muros. Hay otra tela que irá a Saint-Paul de Vence, igual de hirsuta que la de la planta superior, que atrapa la luz de rasante y cambia de color, según se mire desde un extremo u otro. Las estalactitas, las hendiduras, los agujeros negros de la pintura le dan un aire algo tenebroso. *"La superficie del cuadro soy yo"*, asegura medio en broma medio en serio, parafraseando a Andy Warhol.

Hablamos de animales, tan presentes en el estudio, y se lamenta de no poder tener perros en París, un déficit que compensa en Mallorca con una auténtica granja. *"Vivir rodeado de animales era algo natural para mí desde la infancia. Hubo una época en la que me olvidé un poco, pero ahora los necesito, me gusta su presencia"*, asegura y añade en un tono más sombrío: *"Nunca decepcionan, todo lo que hacen es perfecto, hasta cuando muerden. Hacen siempre lo que se espera de ellos, no como las personas"*. O sea que cuanto más conoce a la Humanidad más le gusta su perro, le digo. *"Sí, sí"* vuelve a reír. *"Es un poco eso"*.

Le agrada trabajar con otras personas y aprender de ellas, con los ceramistas, por ejemplo, y hay obras en las que se impone la participación de un ayudante. *"Como cuando me meto dentro de una vasija. Hace falta que haya alguien para sacarte"*. Sus dos hijos han dejado su huella en el estudio, moldeando "Napoleones" (así llaman a unas cabezas de yeso) y ayudándole a remodelar una de las escaleras que comunica las dos plantas. Pero Barceló se define más bien como un solitario.

Cruzando un patio llegamos a un lugar donde guarda esculturas -algo que cada vez le interesa más- y obras ya empaquetadas para su próximo viaje a Nápoles, donde trabaja en el proyecto de la Catedral de Mallorca. En Nápoles se siente muy a gusto, *"porque es la única ciudad africana que no tiene barrio europeo"*, vuelve a bromear. Se lleva libros, acuarelas, algún cuadro. Lo de Mallorca es sin duda un reto y le ilusiona porque es su isla. Su idea no es hacer grandes cuadros o esculturas, sino trabajar directamente sobre los muros. *"Todavía no sé muy bien lo que va a salir, es difícil imaginar cómo será algo a tan gran escala y en terracota"*. En cualquier caso, no tiene queja de los representantes de la Iglesia. *"Han mostrado siempre una actitud positiva"*.

Siempre afable y generoso con su tiempo, Barceló se decide a poner fin a la visita antes de entregarse a una sesión de fotos para una revista francesa.